

JOURNAL *de*
comunicación social

SOCIOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN DE MASAS,
ESTUDIOS MEDIÁTICOS Y CULTURALES
Y SOCIOLOGÍA POLÍTICA

SEGUNDA PARTE



Reseñas de Autores

Palabras de Erick Torrico en el Homenaje Póstumo al Dr. Luis Ramiro Beltrán Salmón. U. C. B. La Paz, Agosto 20 de 2015

La investigación comunicacional ha sido uno de los campos de interés, actividad y análisis del Dr. Beltrán. Además de estudioso de fenómenos comunicacionales concretos, él fue promotor de investigaciones y sistematizador como también crítico de la producción intelectual latinoamericana especializada en comunicación.

En este último aspecto, que voy a priorizar ahora, cabe remarcar que don Luis Ramiro propició en 1976 la elaboración y publicación de la **Bibliografía sobre investigaciones en comunicación para el desarrollo rural en América Latina**, trabajo respaldado por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, del Canadá. Ese fue el primer estudio de ese género en la región.

Posteriormente, a partir de 1981, el Dr. Beltrán alentó la producción de una serie de bibliografías nacionales sobre investigación comunicacional con la participación de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, organización que había contribuido a crear en 1978.

Esa serie, que comprendió las publicaciones hechas hasta entonces como producto de trabajos de investigación en Argentina,

Colombia, Chile, Perú, Venezuela y Panamá, se completó en 1990 con la salida a luz de la **Bibliografía de estudios sobre comunicación en Bolivia** que él mismo dirigió, la cual constituye una base de datos prioritaria para comprender la producción especializada de conocimientos en el país.

Y en cuanto a sus exámenes críticos de la investigación comunicacional latinoamericana vale la pena citar al menos cuatro de sus textos que son fundamentales:

Primero, la ponencia “La investigación en comunicación en Latinoamérica: ¿Indagación con anteojeras?”, que preparó en 1974 para un foro en Alemania Oriental.

En ese documento evaluó los temas, las bases teóricas, los métodos y las características generales de la calidad científica de los estudios latinoamericanos. Y expresó su preocupación por que tales investigaciones, en su criterio, respondían a una mirada de la realidad regional basada en el uso de las anteojeras del “funcionalismo conservador” o del “radicalismo ideologizado y no riguroso”

Esa línea de análisis la continuó más adelante. Así, en 1976 publicó en los Estados Unidos de Norteamérica el célebre artículo “Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina”, texto en que cuestionó el

carácter dependiente e imitador de la investigación comunicacional latinoamericana, aunque también anticipó un porvenir prometedor debido al surgimiento en ese momento de un grupo de intelectuales de la región a los que consideró capaces de pensar por sí mismos y de dar cuenta de sus propias realidades.

Ese futuro alentador fue el que Luis Ramiro Beltrán relacionó con la “comunicología de liberación”. En 1982, en la ponencia titulada “Estado y perspectivas de la investigación en comunicación social en América Latina” hizo un recuento del volumen de los estudios efectuados en la zona desde principios del siglo XIX y también reseñó críticamente sus temas, métodos y resultados.

Remarcó, al final, la significación de lo que llamó “la década de la transformación”, la de 1970, porque en ese lapso —dijo— “los investigadores comenzamos a quitarnos la venda”. Y volvió a convocar a que los intelectuales del área contribuyeran a desarrollar una “comunicología para la liberación”.

Por último, haciendo un salto en el tiempo, en 2007, en su artículo “Temas y objetivos de investigación en la comunicación de ayer” que se publicó en Ecuador, Luis Ramiro Beltrán efectuó un repaso histórico del quehacer investigativo regional desde los años ’60 y presentó la trayectoria que siguió el pensamiento crítico latinoamericano, comprometido desde un principio con la convicción de que el conocimiento debe ponerse al servicio de la justicia para la mayoría social.

Toda esta obra beltraniana referida a la investigación comunicacional latinoamericana constituye, sin duda, una herencia indispensable para las nuevas generaciones de especialistas de la comunicación.

La documentación reflexiva promovida por el Dr. Beltrán, así como sus certeros y provocativos diagnósticos, junto a sus llamados a la rebeldía epistemológica, teórica y metodológica, como también su convocatoria franca para que se edifique una comunicación humanizante, tienen hoy plena actualidad porque los problemas y desafíos que él encontró desde y para la investigación comunicacional de la región continúan como asignaturas pendientes en una América Latina atravesada por nuevas formas de control, discursos pseudo-libertarios y dispositivos tecnológicos cuyas estructuras están bastante lejos de cumplir las promesas de redención que trajeron consigo.

Así, los hechos del presente nos retan a seguir la huella crítica, inconforme, esperanzada y constructiva que don Luis Ramiro nos dejó.

Sin duda, esa responsabilidad es muy grande, porque hoy él tiene que manifestarse en el pensamiento, la palabra y la acción de cada uno de nosotros. Creo que ese será nuestro más grande y mejor homenaje.

Pasado, presente y futuro del Periodismo.
Canedo, Amparo (2015). La Paz: Plural Ed.

Por Msc. Erick Torrico Villanueva

Hace ya buen tiempo que, irónicamente, no hay muy buenas noticias para el periodismo. Sucede que ha crecido la desconfianza ciudadana sobre el trabajo de los medios informativos, por la baja en su calidad, y también ha caído el nivel de prestigio con que casi tradicionalmente contaban los periodistas, aunque encuestas encomendadas por algunos medios insistan en decir lo contrario.

Y es que, de cuando en cuando, hace falta que el periodismo abra sus oídos a la crítica y también ejercite la autocrítica. Por eso resulta sumamente pertinente la investigación que hoy presenta Amparo Canedo en su libro ***Pasado, presente y futuro del Periodismo***, porque con él aporta muchos elementos relevantes para examinar esta situación que no siempre es asumida por los medios ni los periodistas.

Conozco a la autora desde tiempo atrás y he sido testigo de dos importantes rupturas en su trayectoria: primera, su incursión talentosa en el periodismo, habiéndose formado en Literatura, y, segunda, su fructífero ingreso en la docencia universitaria.

Fueron dos felices momentos de inflexión que Amparo supo aprovechar logrando una sinergia de vocación, experiencia y reflexión. Y creo que pensar la profesión y producir intelectualmente son resultados lógicos de ello. El trabajo que hoy nos entrega es una nueva prueba de esa valiosa combinación.

Aunque sí me sentí tentado, no voy a hacer una evaluación de la investigación que da base a este libro. En cambio, sí quiero referirme brevemente a su orientación, su contenido y las aperturas que ofrece.

Pasado, presente y futuro del Periodismo es un libro orientado a analizar la cuestión fundamental de la relación del periodismo con los derechos humanos: el periodismo como un servicio a la colectividad y los derechos humanos como el marco necesario de la convivencia con dignidad.

El foco del libro está centrado en las posibilidades de que se haga un periodismo inclusivo desde las capacidades de los editores de los diarios y desde las condiciones de los entornos en que estos periodistas –los edito-

res– se desenvuelven. Para ello, Amparo se aproxima a diversos aspectos:

- el sentido dialogal de la comunicación,
- las reflexiones latinoamericanas sobre la comunicación no instrumental ni instrumentalizadora,
- la dependencia de los modelos exógenos en materia de concepción de la información noticiosa,
- las consiguientes estrecheces del positivismo y el comercialismo en el quehacer periodístico,
- las características de la normativa legal vinculada al periodismo en el país,
- y las características de la autorregulación profesional.

Todo este conjunto sirve de contexto para la labor central que la autora lleva a cabo, que es el examen para establecer si hay o no –y cuánta– inclusividad en la tarea cotidiana de cuatro importantes periódicos de La Paz.

Pero, además, Amparo se internó en el conocimiento de quienes, en su criterio, resultan responsables de que se haga o no ese periodismo inclusivo.

Se podría decir que, en general, el resultado de su doble análisis –de los contenidos noticiosos y de los perfiles de los editores– es preocupante, pues el trabajo constata la presencia de una serie de debilidades en los medios estudiados, al igual que de limitaciones en el personal periodístico entrevistado, como aquellas relativas a la ética...

Sin embargo, más allá de lo apuntado hasta aquí quisiera destacar especialmente el diseño metodológico que aporta la autora para

el análisis de contenido y para las entrevistas en profundidad.

Las cuatro dimensiones en que descansa el análisis cuantitativo de las notas publicadas en los diarios de la muestra –resguardo de los derechos humanos, vigilancia y denuncia de atropellos contra esos derechos, articulación y construcción de diálogos y, finalmente, educación– son cuatro componentes clave que alimentan una visión humanista del deber ser del periodismo y que pueden guiar los pasos de la profesión hacia un cambio deseable.

Pero, asimismo, resaltan en el libro al menos dos conceptos que se anuncian con mucho potencial: el periodismo inclusivo y el periodismo estratégico, sin duda de suma utilidad no sólo para proseguir con la investigación crítica de nuestro periodismo, sino también para prefigurar las rutas de su porvenir, un porvenir necesario.

En consecuencia, ***Pasado, presente y futuro del Periodismo*** es un trabajo que brinda elementos para entender el difícil presente del periodismo en el país, al igual que traza rumbos para superar esa situación comprometida.

Amparo pone el dedo en la llaga cuando habla de los problemas que registra la redacción periodística –base de la profesión–, cuando se refiere a las insuficiencias y a veces impertinencias de la formación académica de los periodistas, y cuando desnuda los desconocimientos de las reglas éticas de la profesión o la ausencia de grandes periodistas a quienes emular.

Hay, pues, muchos temas de interés y actualidad que están presentes en el libro y no es posible dar cuenta de todos ellos y de lo que invitan a pensar en los pocos minutos que pueda abarcar un comentario.

Sólo me permito subrayar, para finalizar, cuatro propuestas que, me parece, definen el horizonte al que apunta Amparo:

- 1.- El periodista debe ser un profesional y no apenas alguien que cree que se dedica a un oficio.
- 2.- El periodista no puede existir sin calidad redaccional ni conciencia ética.
- 3.- El periodista debe ser un investigador y un educador.
- 4.- El periodista, para ser inclusivo, debe ser un protector y promotor de derechos, de diálogo y de participación.

Agradezco a Amparo por esas sugerencias desafiantes y convoco a todos a que se acerquen a este libro que puede impulsar una fértil polémica para la profesión periodística.

Halajtayata, Racismo y Etnicidad en Bolivia. Loayza, Rafael (2014) Cuarta edición revisada y actualizada. La Paz: Konrad Adenauer Stiftung.

Por Msc. Salvador Romero Ballivián

Cuando un libro alcanza la cuarta edición, llega con fuerza. Cuando una obra de ciencias sociales alcanza su cuarta edición, llega con aún más fuerza. Significa que obtuvo el reconocimiento de los pares, de los lectores, de las instituciones que patrocinan sus investigaciones y colocan el sello editorial. Es un libro que cuenta.

Halajtayata. Racismo y etnicidad en Bolivia (2014) llega con esa fuerza. Pero tiene más. Más que un aumento de las páginas, casi un centenar entre la primera y la cuarta edición.

La reflexión de Rafael Loayza, siempre chispeante, original, capaz de mirar los procesos desde ángulos nuevos, se hace más profunda, madurada y matizada en el paso de la primera edición a la cuarta, de 2003 a 2015. En una palabra: más ambiciosa. Ha transcurrido una década y *Halajtayata* combina el análisis con el manejo solvente de la teoría sociológica actual, sobre todo de origen anglosajona, muy rica en estudios étnicos y postcoloniales; un trabajo de terreno que cubre los nueve departamentos, con técnicas cuantitativas, cualitativas e incluso con un conjunto de ejercicios aplicados en cursos, que nos sugiere que pasar clases con el profesor Loayza debe ser siempre ameno.

Se podría resumir la tesis central del libro como la idea de que Bolivia fue gobernada por una minoría étnica y racialmente diferenciada en desmedro de una mayoría indígena, relegada económica, social, política e institucionalmente, lo que provocó a principios del siglo XXI una reacción que se tradujo en una afirmación étnica, en una identidad que se politizó o ideologizó, que cuestionó las bases del pacto social hasta entonces vigente, despertó una expectativa de cambio y que concluyó –pero no terminó– en la victoria presidencial de Evo Morales en 2005.

Esta síntesis muy apretada, y por lo tanto incompleta e imperfecta, no refleja la riqueza de la obra. *Halajtayata* parte de una mirada larga. Como lo hiciese Alexis de Tocqueville en las páginas introductorias de su célebre obra sobre los Estados Unidos¹, Loayza remonta hasta los orígenes para encontrar los rasgos constitutivos de la sociedad contemporánea. Vuelve hasta el momento de la conquista española de los Andes centrales. Si ese momento continúa suscitando debates tan apasionados es, como lo observó François

Furet (1978, pp. 13-16) a propósito de la Revolución Francesa, que esa etapa se juzga como decisiva para entender el presente y que actores actuales se identifican de una u otra manera con aquellos episodios pasados, buscan filiaciones, reivindican continuidades, atribuyen herencia, y hasta se exige de los investigadores que tengan una *opinión* como no se les pide cuando abordan otros temas de estudio, que solo mueven las aguas de la comunidad académica.

La huella colonial colocó en una posición estructuralmente favorecida a los colonizadores españoles y en situación desventajada a los indígenas, definidos y tratados como inferiores. La Independencia no quebró esta relación asimétrica entre la nueva elite republicana y los indígenas, pues, señala Loayza, se crearon categorías diferenciadas de derechos civiles, políticos y de ciudadanía a partir de otra matriz: la exclusión por razones de conocimiento (Loayza, 2014, pp. 45-46). El acceso al voto, por ejemplo, era restringido por motivos de educación y renta. Ciertamente, en el momento de la Independencia, el voto censatario era la norma en el mundo –en las escasísimas regiones que practicaban elecciones, debe subrayarse–.

El problema en Bolivia y en otros países de América Latina es que la educación y el ingreso se hallaban, se hallan, muy estrechamente correlacionados a la variable étnica. En claro, se sumó la pobreza económica, la exclusión social, el despojo político. La revolución de 1952 supuso avances muy considerables con el sufragio universal, la reforma educativa y la reforma agraria, sustento a su vez de otras revoluciones silenciosas: el éxodo rural, la ola migratoria al oriente, la diversificación microeconómica, la progresiva unificación del espacio nacional, la difusión del español, etc.

¹ *La democracia en América* (1957).

El período democrático introdujo igualmente innovaciones fuertes, en especial con el reconocimiento del carácter multicultural del país, la aprobación de Ley de Participación Popular, que asentó al Estado en las áreas rurales (Zuazo, 2012, pp. 187-287) y abrió un espacio muy significativo para la representación política indígena (Albó, 1999). Esos cambios relevantes no lograron, empero, disociar el rostro étnico del rostro de la pobreza; es decir, no pudieron superar que la división de clase fuese también una división étnica (Loayza, 2014, pp. 89-99).

Lejos de ser historias viejas y superadas, ese legado juega su permanencia en la sociedad boliviana. Desde lo más simple hasta lo más complejo: desde el día a día, en los actos de la socialización primaria y en la interacción rutinaria cotidiana, por ejemplo la vestimenta; en las relaciones sexuales y el matrimonio; en la membresía de los grupos informales; en el acceso al empleo y en los niveles de remuneración; las políticas públicas. *Halajtayata* lo ilustra de manera muy amplia. Recurre a variadísimos ejemplos extraídos de: encuestas y grupos focales, que tienen el mérito adicional de haber sido realizados en ocasión de las distintas actualizaciones de la obra; páginas de Facebook, ese sorprendente termómetro instantáneo de las reacciones ante hechos grandes o nimios y efímeros pero reveladores; concursos de belleza; ejercicios de simulación de voto hasta grafitis en las calles de la ciudad de Oruro. De ese cúmulo de observaciones, el autor describe las miradas recíprocas de los grupos, cargadas de desconfianza, de recelo, de estereotipos y de temores.

De manera acertada, Loayza (2014, pp. 107-110) enfatiza en reiteradas oportunidades que la etnicidad o la cultura, así como la identidad, no son hechos inmutables, sino transaccionales; es decir, se juegan en la

percepción propia de una condición y en la percepción asignada, en un juego entre el “nosotros” y el “ellos” que no traza fronteras definitivas, sino siempre porosas y en continuo reajuste.

La novedad, y allí Loayza consagra finos análisis, es que esta tensión racial latente y permanente en las relaciones sociales ha brincado a la institucionalidad política y social, y está influyendo en las bases de la política. Octubre de 2003 fue un momento crucial para la cristalización de esta evolución y el movimiento en El Alto mezcló elementos nacionalistas, clasistas y étnicos. Esta combinación resultó decisiva para dar cuenta de la caída de Gonzalo Sánchez de Lozada en ese momento y de la victoria de Evo Morales en 2005. Lejos de ser estática, esa mezcla continúa reacomodándose y dando lugar a nuevas interpretaciones, en función de los hechos políticos relevantes: los triunfos de Morales, el enfrentamiento entre el poder central y las regiones de tierras bajas entre 2006-2008, etc. Como se desprende de la lectura, poco importa que esa cristalización amalgame elementos fácticos verdaderos, medias verdades, flagrantes falsedades históricas o mitos: la invención de la tradición, para tomar prestado el título de una obra de Erick Hobsbawm (2005), es tan efectiva como la tradición misma para generar identidad, cohesión y movilización.

Aquí, *Halajtayata* tiende puentes con otros de los trabajos del autor, en especial *El eje del MAS* publicado en 2011. En efecto, el éxito electoral y político del MAS fue dar expresión política a esta construcción y cohesión de la identidad racial. Por eso, la correlación en el nivel municipal entre la auto-identificación como indígena y el voto por el MAS supera el impresionante 0.90. Son cifras sin precedentes en la historia electoral del país. En otras palabras, cuánta más masiva es la autopercepción como indígena, más aumen-

ta la votación por Morales. En el contexto internacional, su cadena de triunfos presidenciales dio a la lucha indígena boliviana un cariz especial, porque mostró que no buscó la autodeterminación o un proyecto nacional distinto del boliviano, como puede suceder en otros lugares, sino por el poder político en el mismo Estado y por la integración socioeconómica.

A la inversa de la votación de Morales, las distintas candidaturas que se le han opuesto tienen muy fuertes correlaciones con las regiones donde la población no asume una identificación indígena. Apunta Loayza (2014, p. 185) con pertinencia que ese voto opositor es un voto de resistencia a Morales antes que en competencia con él.

Sin duda, este factor ayuda a explicar la escasa evolución de los porcentajes de Morales y de la oposición en las distintas elecciones presidenciales entre 2005 y 2014. No está demás subrayarlo: la división electoral de Bolivia entre un bloque de media luna, conservador, y una región occidental y central, inclinada por el cambio, es antigua y perfectamente discernible, por ejemplo, en la elección de 1951, con voto censitario y en vísperas de la revolución de 1952 (Romero Ballivián, 2003, pp. 443-474). La novedad es que hoy ese contraste se reviste de un ropaje cultural y étnico, quizá antes no ausente, pero nunca tan explícitamente presente.

Sin embargo, este comportamiento electoral de características étnicas no anula las consideraciones políticas en el momento del sufragio. El electorado opositor al MAS no dudó en respaldar candidatos percibidos como indígenas, incluso con pasadas responsabilidades en la administración de Morales, si estimaba que eran quienes tenían más opciones para vencer al mismo MAS, como ejemplificaron las votaciones a favor de Savina Cuellar

para la gobernación de Chuquisaca en 2008 o de Félix Patzi para ese mismo cargo en La Paz en 2015. Asimismo, tocará observar cuál sería exactamente el desempeño electoral de Morales en una coyuntura económica adversa o, al menos, no tan propicia como la que acompañó las reelecciones de 2009 y 2014. Este factor, no considerado en la obra, ofrecería quizá una imagen más ajustada del voto étnico.

En cualquier caso, eludiendo el resbaladizo terreno de la especulación y ateniéndonos a los hechos explicados en *Halajtayata*, es evidente que la politización de las identidades étnicas genera en sí misma un apoyo a Morales. Ese respaldo se brinda más allá de consideraciones de gestión (Loayza, 2014, pp. 172-173), es decir, si se evalúa satisfactoriamente la administración gubernamental o, más precisamente, otorga un amplio colchón de indulgencia con errores, tropiezos o lleva a considerar que los desaciertos son responsabilidad del entorno o de los colaboradores. Esa confianza se manifiesta igualmente a pesar de la persistente debilidad del Estado, de ese Estado con “huecos” como lo definió una investigación del Programa de las Naciones Unidas (PNUD, 2007). La década del MAS en el poder no ha atenuado el conflicto étnico y si uno se adentra en la lógica de este libro, concluiría que no existen, para el gobierno de Morales, incentivos para disminuirlo, sino para conservarlo.

Como consecuencia de la gestión de Morales, aumenta en el país la autopercepción como indígena. También se difunde la sensación en los distintos grupos sociales que hoy existe una valoración positiva de lo indígena, sin antecedentes en la historia colonial o republicana, que no va exenta de tensiones; pues, como lo indica Loayza, los grupos étnicos compiten ahora por recursos

y por poder. Se recrean estereotipos, el de gobiernos neoliberales que habrían sido de “blancos” y por lo tanto corruptos y extranjerizantes, y el de un gobierno “indígena” que sería de gente incompetente e ignorante. En esa tirante polarización no hay visos, por el momento, para opciones intermedias. Asimismo, esta evolución acentúa una reacción en la región oriental del país y en los sectores castellanohablantes, urbanos, de clase media y alta, que tienden a sentirse marginados del nuevo proyecto estatal. Al respecto, *Halajtayata* ofrece un análisis fuerte, aunque no tan desarrollado como el dedicado al mundo indígena, sobre las líneas de evolución del movimiento regionalista cruceño, con un fuerte componente de autodeterminación; de afirmación de una identidad cultural que relega a segundo plano las diferencias étnicas –subsumidas en la primacía del territorio– y de preservación de las bases de un modelo que generó una relativa prosperidad (Loayza, 2014, pp. 235-240). No es una de las paradojas menores que justamente ese desarrollo convirtió a Santa Cruz en el símbolo del “sueño boliviano” y atrajo a cientos de miles de personas del altiplano y de los valles que, al mismo tiempo que contribuyen decisivamente a ese exitoso despegue, se encuentran en la línea de alta tensión de los conflictos étnicos estudiados por Loayza.

A veces, uno puede discrepar con el autor, sentir que se exageró con un trazo, se desconoció la importancia de un eje, se simplificó el pasado. Sucede, y es lo propio de una obra con personalidad, que además no rehúye el debate o la polémica. Pero lo que resulta evidente es que Rafael Loayza ofrece una de esas obras que no pueden pasarse por alto para debatir, interpretar y conocer mejor al país, con su historia larga, difícil, tantas veces dolorosa, y su presen-

te en plena transición, tenso, complejo y eventualmente rico en promesas, en oportunidades y en desafíos. Quizá no sepamos muy bien hacia dónde ni cómo, pero queda claro que, por su trayectoria, sus tensiones, sus conflictos latentes y otros manifiestos, la asociación y el antagonismo de sus grupos, su potencial de movilización y su vitalidad, Bolivia será siempre un país... “muy interesante”.

Referencias bibliográficas

- Albó, X. (1999). *Ojotas en el poder local*. La Paz: COSUDE-CIPCA.
- De Tocqueville, A. (1957). *La democracia en América*. México: Fondo De Cultura Económica.
- Furet, F. (1978). *Penser la Révolution française*. Paris: Gallimard.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (2005). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Loayza, R. (2011). *El eje del MAS*. La Paz: Fundación Konrad Adenauer.
- Loayza, R. (2015). *Halajtayata*. La Paz, Bolivia: Fundación Konrad Adenauer.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2007). *El estado del Estado*. La Paz: PNUD.
- Romero Ballivián, S. (2003). *Geografía electoral de Bolivia*. La Paz: Fundemos, 2003.
- Zuazo, M. (2012). Bolivia: cuando el Estado llegó al campo. En M. Zuazo, J. P. Faguet y G. Bonifaz, *Descentralización y democratización en Bolivia*. La Paz, Bolivia: ILDIS, 2012.

Mediación. Medios y elecciones en Bolivia.
Rossell Claudio (2015). La Paz: Konrad
Adenauer Stiftung.

Por Juan Carlos Salazar del Barrio

Manuel Leguineche (1991), un veterano corresponsal de guerra español que cubrió la mayoría de los conflictos bélicos del siglo XX, dice que la prensa y los partidos políticos son instituciones democráticas que se necesitan mutuamente y, por tanto, son complementarias; “son profesiones que viven la una de la otra”, pero, al mismo tiempo, son dos oficios enfrentados. La relación entre periodistas y políticos, apunta Leguineche, es “una constante de doble filo” por los términos en que se produce y, en gran parte, porque los políticos “desean escuchar los ecos más que las voces”, escuchar los ecos de sus propias acciones y propuestas e ignorar las voces de la sociedad.

Bien podríamos decir que las voces y los ecos de los actores sociales y políticos que participan en el debate público, y las imágenes que recogen y reflejan los medios de comunicación están en el trasfondo de la excelente y novedosa investigación sobre la *mediación* de los medios impresos en tiempos electorales realizada por Claudio Rossell Arce.

El autor pone bajo la lupa el debate entre los agentes de la sociedad política y la sociedad civil en la “esfera pública”, donde los medios y los partidos discuten asuntos que interesan a la sociedad en su conjunto, en un diálogo, una “conversación social”, que el autor define como la “esencia de la democracia”. Y capta ese debate en un momento especial, las campañas electorales, un espacio –nos dice– donde “la comunicación política se desarrolla hasta los extremos”; es decir, el mejor escenario posible para ver en acción no

sólo a políticos y candidatos en su afán por conquistar el voto ciudadano –diríamos en su propia salsa–, sino también a los actores de la sociedad civil y los medios de comunicación en su relación con el mundo político.

Rossell Arce se pregunta qué actores de la esfera pública –políticos, sociales y estatales– reciben atención y cobertura de los medios de comunicación; en qué proporción participan de la agenda mediática; qué orientación tienen los mensajes que producen esos agentes; qué instituciones aparecen en los medios como representativas de la sociedad civil; qué hechos se convierten en noticia y cuáles en opinión; a quiénes se dirigen los mensajes de los agentes que proveen los hechos noticiosos a los medios y a quiénes, los mensajes que los medios presentan como opinión.

En resumen: cómo mediaron los medios impresos de comunicación en el contexto de las elecciones generales. Y encuentra interesantes respuestas en el muestreo y análisis de 1.342 publicaciones de seis diarios de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz de las campañas electorales de 1985, 1989, 1993, 1997, 2002 y 2005, durante las dos semanas previas al día de la elección.

Yo quisiera concentrarme en algunas de las conclusiones que, aunque lógicas, dado el contexto de la investigación –las campañas electorales–, no dejan de ser sorprendentes y en alguna medida preocupantes.

El autor nos recuerda que los agentes de la sociedad civil compiten con los de la sociedad política por la notoriedad en la esfera pública a fin de recibir atención –traducida en cobertura– de los medios de comunicación, que operan en este espacio no sólo como canales de comunicación entre los diferentes actores políticos y sociales; sino también como agentes con voz propia, que interpelan

y aconsejan por igual al resto de los actores. Al actuar en esos dos sentidos, añade Rosell Arce, los medios ejercen al menos tres funciones: el de la mediación, al recoger hechos noticiosos para ponerlos a disposición de las audiencias; el de la interpretación, al ofrecer visiones ampliadas de esos hechos, dando lugar a reacciones; y el de la opinión, al comentar esas informaciones en artículos y editoriales.

En su obra clásica *Teoría del periodismo: cómo se forma el presente*, Lorenzo Gomis – varias veces citado por el autor – nos dice que “el periodismo interpreta la realidad social para que la gente pueda entenderla, adaptarse a ella y modificarla” (Gomis, 1991, p. 31). Y recuerda que la interpretación tiene siempre dos caras: la comprensión y la expresión. Si el intérprete ha comprendido mal, expresará mal, y a la inversa.

Rosell Arce sostiene, por su parte, que “los medios de comunicación vehiculan los mensajes de los partidos políticos, pero no lo hacen de modo acríptico ni mucho menos complaciente” (Arce, 2015, p.5), sino que al hacerlo están mediando entre los distintos actores que participan en la esfera pública, discutiendo esos mensajes.

El cómo se produce esta conversación social es el centro de atención de su investigación. Y su importancia radica, como él mismo nos dice, en que los medios tienen la gran virtud de que por su naturaleza poseen mayor poder persuasivo sobre sus audiencias al constituirse en mensajeros de “lo-que-es-verdad” (o al menos de “lo-que-es-real”).

Por su parte, la sociedad civil –representada por instituciones plurales y autónomas respecto del Estado que promocionan el debate público– participa en el debate no sólo otorgando su aquiescencia o manifestando

su desacuerdo con los sociedad política, sino con su participación como destinataria de los mensajes e imágenes o como entidad con voz propia que plantea problemas y exige respuestas.

Es así que la sociedad civil se vale de la esfera pública para promover debates abiertos y libres para llevar a los gobernantes la voz de los gobernados, demandando soluciones y respuestas a sus necesidades o poniendo en cuestión el rumbo de las instituciones de gobierno y las decisiones que adoptan. Y lo hacen no solamente a través de los sistemas de representación popular, sino de los medios de comunicación.

Y aquí surge una de las conclusiones más llamativas de la investigación:

La observación establece que los agentes de la sociedad política tienen una presencia protagónica en los medios de comunicación en desmedro de los actores de la sociedad civil. Un 46 por ciento de los textos tienen como origen del hecho noticioso a los candidatos y sus portavoces, mientras que los agentes de la sociedad civil tienen “voz propia” solamente en un siete por ciento y los representantes de los órganos estatales en 14 por ciento.

Esto indicaría que los actores políticos logran con creces su propósito de imponer sus mensajes en la agenda mediática. Se dirá que es lógico, dado que la campaña electoral está precisamente para eso, para que los candidatos promuevan su imagen y los partidos sus propuestas.

A la luz de este dato, el acceso y la cobertura de la sociedad civil en los medios de comunicación es escasa en comparación a la que reciben los agentes políticos. Es tal vez por ello, como señala el autor, que “el retrato de la realidad (que ofrece la muestra) sea más

parecido a las expectativas e intereses de los políticos [...] que al de las organizaciones sociales en toda su heterogeneidad” (2015).

Si creemos como James Carey, uno de los creadores del “Proyecto para la Mejora de la Calidad del Periodismo” lanzado por la Universidad de Harvard hace casi dos décadas, que “el periodismo no es más que un modo de transmitir y amplificar las conversaciones de la gente” (Kovach y Rosenstiel, 2003), coincidiremos en que en este contexto los medios no cumplen cabalmente su misión de vehicular las preocupaciones e inquietudes de la sociedad a la esfera política.

Pero no es sólo un problema de los medios. Y aquí viene otra conclusión significativa del investigador: son los representantes políticos los que más demandas formularon, en un 40 por ciento, contra apenas un 17 por ciento de la sociedad civil. Y lo más curioso, como apunta Rossell Arce, es que dichas demandas no fueron formuladas a la sociedad política, sino a la propia sociedad civil.

La investigación constata por otra parte que “los medios de comunicación analizan, interpretan y juzgan los hechos noticiosos adoptando posiciones, haciendo críticas y recomendaciones, y sobre todo ofreciendo opiniones razonadas acerca de los procesos en marcha” (Rossell, 2015, p.49).

En este sentido, como apunta el autor, los medios no sólo son influidos en el debate por los otros agentes de la esfera pública, sino que hacen posible la influencia de unos sobre otros e influyen con su propia voz sobre todos ellos.

La conclusión general de la investigación es que “la mediación opera de manera permanente en los contenidos de los medios y que los más beneficiados de esta función son los

agentes de la sociedad política, pues reciben cobertura con mayor frecuencia, apareciendo más en las páginas de los medios, por lo general a través de declaraciones de los personajes dotados de notoriedad, pero también porque son objeto de más comentarios de parte de esos medios” (Rossell, 2015, p. 56).

Rossell Arce sostiene que el fruto de la discusión que desarrollan los agentes políticos y sociales en la esfera pública debería influir sobre las decisiones de los gobernantes, concretando así “la democracia de manera cotidiana”. Y la mediación de los medios de comunicación es crucial en la realización de la “conversación social” para tal fin.

Rossell Arce dice que queda mucho por indagar en el ámbito de la mediación de los medios en épocas electorales; pero sin lugar a dudas su trabajo es meritorio no sólo por su rigor académico, sino por su carácter precursor.

Me parece igualmente una lectura obligada para los responsables de los medios si quieren ofrecer una cobertura equitativa y equilibrada en épocas electorales, teniendo en cuenta, en palabras de Bill Kovach y Tom Rosenstiel (2003), que “el propósito principal del periodismo es proporcionar a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos”.

Finalmente, quisiera destacar el apoyo de la Fundación Konrad Adenauer a la Carrera de Comunicación de la Universidad Católica Boliviana, en general, y a la investigación de sus docentes, a través del fondo concursable Dr. Salvador Romero Pittari, que tiene en el trabajo de Rossell Arce un primer y exitoso fruto.